

á ella y con el cual comienza para nosotros el período histórico presenciado probablemente una menor propagación de estos elementos poco favorables á la civilización elevada y una difusión más coherente de la cultura de los pueblos sedentarios; pero la concordancia que existe entre los más distantes desenvolvimientos de la civilización en el viejo mundo no puede ser comprendida sin admitir previamente la existencia en otro tiempo de un trato animado. No sería imposible, estudiando la contigüidad de los territorios de ambos tipos y su extensión proporcional, llegar á una conclusión sobre este punto.

Que la acción del nomadismo en frente de la cultura sedentaria no es exclusivamente destructora nos lo demuestra el hecho de que en lo sucesivo se ofrecerán á nuestra consideración no sólo tribus sino también Estados algunos de ellos poderosos. Dentro del carácter guerrero de los nómadas existe una gran fuerza generadora de Estados cuya importancia hemos procurado caracterizar en otra ocasión (tomo I, pág. 52) pero que se manifiestan más claramente que en los grandes Estados asiáticos dominados por dinastías y ejércitos nómadas (como la Persia regida por los turcos, la China sucesivamente conquistada y tiranizada por los mogoles y por los manchúes y los Estados mogoles y radschputes de la India) en los territorios marginales del Sudán en donde no han avanzado tanto las fusiones de elementos en otro tiempo hostiles y hoy unidos para una acción común de beneficiosos resultados. Raras veces se probará de un modo más palpable que en esta frontera en donde se tocan los pueblos nómadas y los agricultores, que los impulsos de los primeros en pro de la civilización — impulsos que indudablemente se dieron y que resultaron en extremo eficaces — no nacen de la actividad pacífica sino que más bien son de índole guerrera y contrarían por ende en un principio los esfuerzos nacidos de la paz y aun llegan á ser perjudiciales á éstos. La importancia de estos impulsos estriba en la tendencia y en el talento de los nómadas para agrupar enérgicamente en pode-

rosos Estados á los pueblos que viven en estado sedentario y que dentro de éste se disgregan con facilidad suma. Esto, empero, no es óbice para que aprendan algo bueno é importante de sus súbditos, por ineptos é incapacitados que éstos sean en política, como en otro tiempo aprendieron los romanos de los griegos, los germanos de los romanos y los turcos de los tadchikes y aun de los mismos eslavos. En el Sudán occidental, á pesar del trato íntimo de las tribus islamitas conquistadoras con sus correligionarios que habitan en el borde septentrional del Africa, cultivado desde muy antiguo, las tribus negras por aquéllas sojuzgadas son á menudo más hábiles que ellas en la confección de algunos pequeños objetos de uso doméstico, pudiendo citarse entre ellas las tribus haussas y las del Nyfe. Nadie aventaja á las tribus de Bassa y de Afa en la confección de esteras y de cacharros para beber y para comer; las chozas de los musgus superan á las de los mismos pueblos de Bornú y los débiles baghirmios, á pesar de los antiguos elementos indígenas en que están empapados, proporcionan industriales, agricultores y en una palabra obreros de la civilización á los wadais que tantos esfuerzos hacen por mostrarse á mayor altura. En Darfur mismo, los fures son superiores á sus señores árabes en cuanto se refiere á la agricultura y á la industria. Pero lo que ninguno de estos pueblos hábiles y aplicados tiene ni puede tener es la voluntad y la fuerza para dominar y sobre todo el espíritu guerrero y el sentido práctico para el orden y la subordinación políticas, y en este concepto los señores de los Estados del Sudán nacidos en el desierto contrastan con sus pueblos negros como los manchúes con los chinos. Pero ¿por ventura se realiza aquí otra cosa que la ley vigente desde Timbuktu hasta Méjico en virtud de la cual las principales formaciones de Estados surgen preferentemente en los ricos países agrícolas contiguos á vastas estepas en donde se pone violentamente al servicio de los habitantes de éstas, más enérgicos, más fuertes, más aptos para dominar, una elevada cultura material de los pueblos sedentarios?

## CAPITULO PRIMERO

### LA CIVILIZACIÓN

«La educación de nuestra especie presenta el doble carácter de genética y de orgánica; genética por la comunicación, orgánica por la adopción y aplicación de lo comunicado. ¿Denominaremos á este segundo génesis del hombre cultura por lo que en él figura el laboreo del campo, ó ilustración en cuanto es imagen de la luz?»

HERDER.

Condiciones necesarias al desarrollo de la civilización. — Trabajo, agricultura, sedentariedad. — Aumento de población. — Transmigración de la civilización por la tierra. — Libertad y encadenamiento del espíritu. — Ciencia. — Semicultura. — Escritura y tradición. — Decadencia de la cultura. — Comienzos de la civilización. — Restos de piedra. — El antiguo Egipto. — Cuadro de la civilización egipcia. — Cohesiones asiáticas. — China y el mundo occidental. — Supuesto aislamiento de China. — Origen de los elementos de la civilización china. — Antigua expansión de los pueblos civilizados del Este de Africa.

La suprema civilización tiene como el nomadismo sus condiciones especiales de desarrollo y de existencia. Lo que tiene fijeza es favorable á la civilización: he aquí la ley general. Lo que más directamente contribuye á fijar al hombre movido es la fertilidad del suelo unida á un clima favorable ó tolerable por lo menos, dando aquél á la naturaleza una importancia distinta que el que lleva una vida errante, y preguntándose: ¿dónde está la garantía para una residencia permanente? En alto grado significativas son las siguientes palabras de Dobrizhoffer á propósito del Chaco: «Los españoles lo consideran como punto de reunión de todas las miserias, al paso que los salvajes lo reputan Elíseo y tierra de promisión.» Los europeos que emigraron á América no levantaron en aquel suelo virgen campamentos ni establecieron en él sitios para pastos sino que construyeron desde un principio casas de piedra y ciudades; Méjico fué conquistado por Cortés en 1521 y en el mismo año se puso la primera piedra de la catedral. Estos hechos hablan en pro de la opinión que muy pronto había de confirmarse plenamente. La humanidad sabía ya entonces y desde mucho antes por experiencia en qué suelo podía implantarse con éxito la cultura. Méjico, cuyas mesetas producían el mismo trigo que Castilla, recibió por esta razón el nombre honorífico de Nueva España: los conquistadores abrigaron la esperanza de que el retoño de la antigua cultura española arraigaría antes en un buen terreno de labor favorecido por un clima cálido templado, y de esta suerte se transplantó la civilización al nuevo mundo convencida de la necesidad de contar con un suelo propicio ó más concretamente con un suelo laborable.

Mucho antes que la vida espiritual de los pueblos, sustrábase la material á la esclavitud en que la pereza personal, la inseguridad general, la falta de trato y la carencia de necesidades la tenían sumida. La base de lo que denominamos semi-cultura está formada por una gran serie de descubrimientos; armas é instrumentos de estructura compleja como ballestas, corazas movibles, arpones, arados, mielgas, carros, barrenos, tornos para la alfarería, timones y botes de vela ó con batanga aparecen en capas escalonadas: todos requieren trabajo y éste es el que les da valor. Jacquemont profetizó á la América hispano-india de la zona

tropical el retroceso al grado de cultura en que se encontraba antes de 1492, exclamando: «Se convertirá en un país despoblado y pobre porque falta en él el trabajo.» Todas las civilizaciones han retrocedido cuando han abandonado el trabajo que las produjera. La frase «el trabajo ennoblece» es una verdad universal; en efecto el trabajo ha engendrado la nobleza de la humanidad. El más laborioso de los llamados pueblos semi-cultos, el chino, es el que bajo todos conceptos está por encima de los demás pueblos asiáticos. Después del trabajo en sí, la condición más importante del progreso de la cultura es indudablemente la división del mismo, que en la organización de la agrupación uniforme ocupa el puesto que sigue inmediatamente á las funciones sociales. Los animales á quienes su instinto obliga á vivir en sociedad y á obedecer á un caudillo son los más capaces de ennoblecimiento y lo propio sucede con el hombre, siendo de aplicación general lo que en su «Viaje al rededor del mundo» dice Darwin hablando de los fueguinos: «Mientras no surja en la Tierra del Fuego un caudillo con fuerza suficiente para conservar cualquier ventaja adquirida, siquiera sea la posesión de animales domesticados, tengo para mí que será imposible mejorar el estado político del país. Ahora mismo, hacen pedazos cualquier trozo de paño que se dé á uno de ellos y se los reparten entre sí, pues nadie puede ser más rico que otro.»

En otra ocasión (tomo I, pág. 13) hemos demostrado la relación íntima que existe entre la civilización y la agricultura: tócanos ahora únicamente hablar de la importancia que tiene ésta para los pueblos civilizados. Desde el Japón hasta Egipto, constituye la base principal de la alimentación y el aprecio en que se la tiene es tan grande que en los territorios cultos del Este del Asia figura al frente de toda la actividad económica y el emperador mismo no se considera rebajado con empuñar en sus augustas manos el arado. La defensa del terreno de cultivo contra las incursiones de los nómadas es causa de eternas luchas entre los pueblos agricultores y los pastores. Los esfuerzos de los Estados civilizados tienden á ganar con completa independencia el sustento para sus pueblos y á hacerlo independiente del comercio con el extranjero. La mejor alabanza



que los anales chinos dirigen á un emperador es hacer constar que durante su reinado el pueblo se alimentó en medio de la paz más absoluta.

Lo que en primera línea caracteriza á la agricultura de los pueblos civilizados es el mejor laboreo del terreno: en ella encontramos el cambio de cultivos, los abonos, el cultivo en bancales, el riego artificial y sobre todo el arado y también la mielga, instrumentos que indudablemente designan un límite de cultura, y desde el momento en que apenas encontramos el arado en los pueblos genuinamente naturales, aun en aquellos cuyos vecinos lo utilizan, es fácil que designe ó caracterice también un sistema de cultivo enteramente distinto como la agricultura en gran escala practicada por medio de esclavos y de bestias de tiro, lo cual no excluye, sin embargo, que penetre también en capas inferiores. El arado hizose más necesario desde el momento en que se cultivaron mayores extensiones de terreno y aun en la actualidad en los países del Este de Europa los habitantes de las estepas poseen arados más perfeccionados y saben hacer mejor uso de ellos que los de las comarcas pobladas de bosques. En todos los pueblos que utilizan el arado encontramos también un vasto cultivo de huertos que se hace por medio de la azada y del azadón. Además la colección de plantas útiles es muy distinta predominando las especies de cereales duraderas, tales como el arroz en el Este de Asia, el mijo en la India y el trigo en el Oeste de Asia. El plátano del cual, como del maná de los israelitas, puede decirse *ad quod quisque volebat, convertebatur*, disminuye de una manera sorprendente y con él la familia toda de los frutos y raíces fáciles y abundantes aunque también escasamente nutritivos. Un caso referido por Felkin demuestra la diferencia de sistemas de agricultura según se propongan obtener cereales ó frutos y raíces. Aleccionados por los árabes, cultivan los fures el trigo, pero no para comerlo sino para exportarlo; ejemplo interesante de término medio entre progreso y estancamiento que con razón puede ser calificado de transición. Desde el momento en que un pueblo de esta índole hace del trigo la base principal de su sustento puede afirmarse que ha dado un gran paso en la senda de la civilización. La cuestión relativa al origen de las plantas que son objeto de la agricultura ha sido siempre íntimamente relacionada con la que se refiere al origen de la cultura. Concebíase antes el elevado país central del Asia como patria originaria de la raza humana, cubierto en todas sus vertientes de vegetales entre los cuales escogían los pueblos dispersos los que más les agradaban llevándose los á sus futuras residencias; sin embargo, la cosa no aparece tan sencilla como á primera vista se presenta. Cuando se considera la transformación que gracias á la cultura ha sufrido la vegetación de países enteros y cuando se tiene por otra parte en cuenta cuán oscuro es el origen de algunas de las más importantes plantas útiles y animales domésticos, como por ejemplo del trigo, de la cebada, del maíz, del plátano, de la caña de azúcar, del algodón, del cocotero, del perro, del buey y de otros que sería prolijo enumerar, siéntese uno inclinado á atribuir la presencia de tal ó cual planta de cultivo al parecer indígena en estos ó en aquellos territorios á fundamentos históricos y sobre todo al instrumento más poderoso de propagación de tan grandes tesoros, á las emigraciones de los pueblos acerca de las cuales ignoramos por completo cuándo se realizaron, qué origen tuvieron y cuál dirección tomaron. En tesis general puede afirmarse que en el antiguo continente las condiciones para la elección de plantas de cultivo fueron más favorables que en el nuevo mundo y que el Asia especialmente es la que mayor número

ro de aquéllas y de animales domésticos puede presentar.

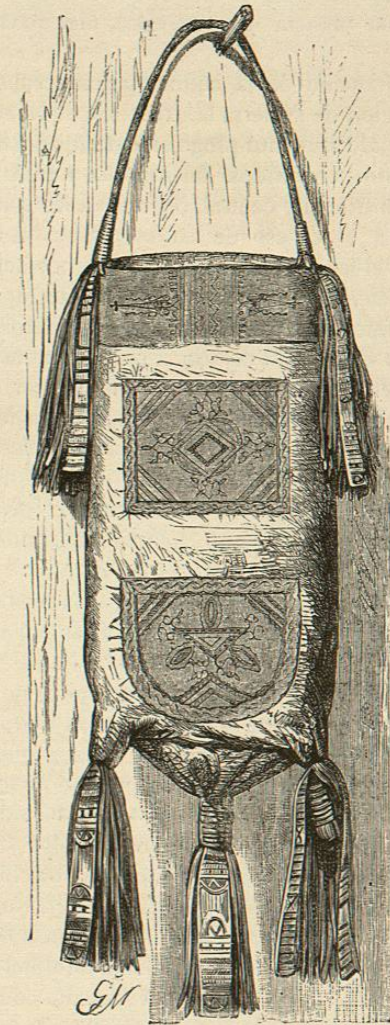
La agricultura tiene en sí misma, en frente del nomadismo, una parte de la fuerza de la perseverancia que es peculiar en grado sumo á la cultura sedentaria más elevada; así autoriza á suponerlo la larga permanencia de negros agricultores en el valle del Nilo hasta Khartum en medio de pueblos de color más claro. Cuanta mayor suma de trabajo se acumula en el suelo en que florecen los campos de cereales ó en que se levantan construídas á fuerza de trabajos las chozas y las casas, los templos y las fortalezas, tanto más fuertemente adherido permanece en él el hombre primero por su cuerpo y después por su espíritu. La saga ó leyenda de Fljotshlidinga nos presenta al valeroso Gunnar negándose á abandonar su país porque los «pálidos campos» de sazonado grano hacían tanto bien á su corazón que no vacila en exponer su vida para no tener que separarse de ellos. El nómada, por muy reducidos que sean los límites dentro de los cuales emigra, tiene en cada estación del año por lo menos una nueva patria; el agricultor, por el contrario, permanece siempre en la suya. Con la menor intensidad de la agricultura el campo y con él el hombre pasa de año en año de la tierra esquilhada al terreno virgen, pero así como el nómada camina del invierno al verano 100 kilómetros, el agricultor establece su nuevo campo al lado del antiguo. La mayor firmeza de situación trae consigo mayor firmeza de las fronteras. ¡Cuán estrechamente relacionada con la agricultura está la limitación de los territorios! En la apología de la vida rural que constituye el segundo de los epodos de Horacio no en vano se habla dos veces de los dioses de los límites: *Et te pater Silvano, tutor finium!* y más adelante: *Vel agna festis caesa Terminalibus.*

La agricultura de los pueblos naturales sólo sirve, por regla general, para cubrir las más imprescindibles necesidades, sin cuidarse de la formación de capital, de la creación de medios de cambio y de objetos de lujo, de la ganadería, de la caza ni de la pesca. La ganadería es la primera manifestación de la constitución de capitales y los rebaños son tesoros semovientes; pero entre los pueblos naturales manteniéndose apartada de esta base desde el doble punto de vista de que en los sedentarios está muy por debajo de la agricultura y comparada con ésta resulta insignificante y de que en los emigrantes pastores no es más que la fuente única de la alimentación y del traje, es decir simple protección de la existencia. La agricultura produce los principales elementos de la alimentación siendo en este punto de gran importancia el hecho de que los alimentos no han de ser consumidos en la medida que se producen sino que es preciso conservar algo para los períodos de escasez. A la agricultura de los pueblos civilizados pertenece, además del arado (véase el grabado de la pág. 156), la troje que en la Arabia y en el Tibet aparece en forma de fosa cavada en la tierra. Los frutos agrícolas han de tener también la propiedad de conservarse por largo tiempo sin echarse á perder y no han de ser como las distintas clases de mijo de los negros tan propensos á malearse rápidamente que sus cultivadores se ven obligados para aprovecharlos á fabricar grandes cantidades de cerveza. Igualmente importante es el grado en que son aplicables como alimento sano y de no muy difícil preparación. Todas las especies de cereales de los países tropicales ofrecen la particularidad de que con su harina no puede amasarse pan en el sentido que damos nosotros á esta palabra; únicamente con la masa fermentada puede confeccionarse el pan árabe en forma del llamado *kissere*, es decir unas tortas ó flanes duros y correosos que á manera de tortillas se cuecen en

un plato de hierro. Sobre este hecho ha llamado la atención Schweinfurth. Ningún pueblo culto del Asia conoce el pan tal como se comió en Europa, siendo reemplazado en concepto de base de la alimentación en el Asia oriental y occidental por preparaciones de arroz. Sin embargo por mucha preponderancia que éste tenga, puede afirmarse que no hay pueblos cultos que sólo se alimenten de arroz ó, en términos más generales, de vegetales exclusivamente, puesto que al lado de aquel grano vemos figurar la carne y el pescado amén de otros alimentos azoados entre los cuales merecen citarse las habas de que tanto consumo se hace en las comarcas del Este de Asia. Por lo demás, la variedad de manjares en todos los pueblos civilizados es grande y si bien el gusto se relaja en todas partes no en todas se fija en las mismas cosas. El uso de los insectos y de los gusanos no es ningún signo de inferior cultura; los fures que tanto han imitado á los árabes y que constituyen una de las más elevadas tribus negras «consideran como codiciadas golosinas las langostas, los escarabajos acuáticos y los gusanos que se crían en los árboles huecos;» pero no es esto sólo sino que en la India y en China sucede otro tanto. Los árabes tienen el siguiente significativo refrán: una langosta en la mano es mejor que seis en el aire. Vale la pena también de recordar aquí, aunque sin detenernos sobre ellas, las perversiones del gusto entre los romanos antiguos y los modernos europeos.

La mayoría de los acontecimientos históricos que se realizan en los pueblos de bajo nivel exigen un cambio de lugar. La mayor actividad civilizadora crea mayores diferencias en el estado y movimiento de la cultura, pero entre los pueblos naturales esa actividad tiende más á la expansión que al ahondamiento; por el contrario la actividad civilizadora cuando se desenvuelve silenciosamente mídese no por el aumento del número de millas que constituyen las fronteras del país sino por el aumento del número de individuos que están en condiciones de poder vivir de un modo permanente en un reducido espacio. Donde quiera que se produzcan muchos alimentos pueden habitar muchos hombres: en un suelo fértil y con potente trabajo prosperan densas poblaciones, siendo éstas necesarias á la civilización ya que sólo íntimamente unido con sus semejantes puede el hombre llenar sus altos fines. Los grandes sucesos debidos á la propagación más ó menos desahogada de los hombres sobre la tierra están como causa y efecto estrechamente relacionados con el desarrollo de la civilización: cuando una población vive tenuemente diseminada en un vasto territorio, el nivel de la cultura aparece más bajo, presentándose, en cambio, aquélla más densa en los antiguos y modernos países civilizados. La zona de estepas del antiguo continente está en todas partes escasamente habitada al paso que los países que circundan el Mediterráneo, el Egipto, la Arabia meridional, la India, la China y el Japón nos presentan poblaciones densas, indudablemente las más densas del globo. Las seis séptimas partes de la población de la tierra corresponden á los países civilizados. La China y la India cuentan más de 600 millones de habitantes y la porción á ellas equivalente del territorio nómada del interior de Asia que entre ambas naciones se extiende comprendiendo la Mogolia, el Tibet y los pueblos turcos orientales no tiene apenas 10 millones, es decir menos de la sexta parte. A cada grado de cultura corresponde distinto modo de propagación. Los europeos, gracias á su superioridad en todas las relaciones de la cultura, no sólo pudieron extenderse rápidamente y casi sin dejar á su paso hueco alguno por llenar por continentes enteros como América y Australia sino que también su deseo de

poseer el país sin el menor vacío fué elevado á principio político para cuya realización los conquistadores apartaron á un lado ó en lo posible expulsaron de sus tradicionales dominios á los indígenas que se oponían á su propagación. Es muy dudoso que un pueblo natural por cruel que fuera hubiese podido en el transcurso de unas pocas generaciones despoblar y dotar de una nueva población á territorios como Cuba y las Indias Occidentales, excepción hecha



Saco de provisiones para viaje (piel de cabra) de Timbuktu (Museo para Etnografía, Berlín)

únicamente de los grupos de islas que se extienden en la costa septentrional de la América del Sud.

La civilización que progresa pacíficamente ocupa, como es natural, sus territorios de distinto modo que la conquista guerrera: aquélla va cubriendo lentamente pero con éxito duradero territorio tras territorio, al paso que ésta traza una extensa frontera para propagar, dentro de ella, la cultura desde algunos puntos centrales cuando se lo permiten la fuerza y el tiempo; la primera avanza paso á paso mientras que la segunda salva rápidamente vastos espacios, y de aquí que aquélla sea de resultados seguros, cuando tiene tiempo suficiente, y ésta en cambio produzca efectos pasajeros ó por lo menos imposibles de calcular. Acerca de la celeridad media con que los blancos avanzaron hacia el Oeste antes de dar el gran salto desde el Missuri hasta el Océano Pacífico, encontramos un cálculo hecho por Tocqueville, quien aceptó como magnitud del avance durante un año la longitud de 17 millas inglesas para toda la antigua frontera desde el lago Superior hasta el golfo de Méjico. China en el transcurso de tres siglos ha conquistado